

# MR. JAMES A. FARLEY, EN MADRID

El verano madrileño es, tradicionalmente, una época llena de sorpresas para los cronistas de la ciudad. Los grandes personajes extranjeros eligen muchas veces esta época para sus visitas privadas. Era fácil encontrar a Hemingway, en pleno mes de agosto, almorzando en una taberna; a Somerset Maugham, en el Museo del Prado; a Cocteau, aguardando un taxi a la puerta del Palace, o a Maurois, en una librería.

En una barrera de la plaza de toros de Madrid, en los restaurantes, en los lugares de diversión nocturna, es fácil hallar por sorpresa—es decir, sin que los periódicos hubiesen detectado su presencia en la capital—a grandes actores del cine mundial o a financieros de primera magnitud.

Estos días está en Madrid Mr. James A. Farley, verdadera institución en los Estados Unidos. Físicamente de una gran estatura, con muchos años sobre sus espaldas, es aún un prodigio de agilidad en todos los órdenes, como lo demuestra el que desde el 17 de junio, que salió de Nueva York, hasta ayer por la mañana haya recorrido quince países en viaje de negocios y de turismo, en el que le acompañan dos de sus bellísimas nietas.

Mr. Farley es norteamericano de origen irlandés y una de las figuras de la Iglesia católica en los Estados Unidos. Durante muchos años fue diputado a Cortes y senador. Desempeñó la presidencia del partido demócrata y a él le debió Roosevelt mucho en su elección como presidente de los Estados Unidos. Se ha dicho muchas veces que de no haber sido católico, Mr. Farley hubiese alcanzado la Presidencia de los Estados Unidos.

No obstante, Roosevelt le confió la cartera de Comunicaciones, en cuyo Departamento realizó una labor admirable, reformando los transportes y Correos americanos.

Mr. Farley intervino muy decisivamente en nuestro ingreso en la O. N. U.

—Desde mil novecientos cuarenta y seis vengo a España normalmente cada dos años. En mil novecientos cincuenta y uno fui recibido por primera vez en audiencia por el Jefe del Estado, y luego ya sucesivamente en todos los viajes. He mantenido contacto con los embajadores españoles, y muy especialmente con Lequerica, que realizó una gran labor en momentos sumamente difíciles y que logró crear un excelente ambiente en Washington.

—¿Qué le movió a usted para defender la postura de España?

—Siempre consideré como una gran injusticia el que los Estados Unidos, que se mostró generosamente con la mayoría de los países de Europa cuando el Plan Marshall, se olvidara de España. En una conversación con el presidente Truman le manifesté mi convicción de que España era un país donde el comunismo no tenía ninguna posibilidad de prosperar y que la neutralidad de España había hecho posible el desembarco en Africa. En mil novecientos cuarenta y ocho mantuve una conversación con Churchill, cuando ya había dejado la jefatura del Gobierno británico. Recuerdo muy bien que me dijo textualmente: "Su país y el mío han sido sumamente injustos con España." Le



James A. Farley

pregunté que a qué se había debido que el Gobierno británico no hubiese hecho algo más por convencer al Gobierno de los Estados Unidos para que reconociera a España. Churchill me contestó que, en su opinión, éste era un problema que estaba ligado a la política norteamericana.

Hablamos a Mr. Farley de su intervención en las elecciones que elevaron a Roosevelt a la Presidencia de los Estados Unidos.

—Una de las grandes satisfacciones de mi carrera política es el haber colaborado con Roosevelt en sus dos períodos presidenciales, en mil novecientos treinta y dos y en mil novecientos treinta y seis. Fui ministro de Comunicaciones y también presidente del partido demócrata. Considero que Roosevelt fue un gran presidente y que en muchos casos no se ha valorado debidamente el que gracias a su influencia se logró mantener la iniciativa privada de los Estados Unidos. Cuando Roosevelt se hizo cargo de la Presidencia, el cuatro de marzo de mil novecientos treinta y tres, el país estaba atravesando una agudísima depresión económica, y en los tres meses siguientes a su toma de posesión logró que el Congreso promulgara una serie de leyes que fueron las que iban a permitir reestructurar la economía del país hasta ponerlo en marcha. Había millones de parados, y el programa de Roosevelt fue lo que permitió llevar a cabo obras públicas, comercio, agricultura...

—¿Y cómo ve usted el problema religioso en su país?

—No hay problema religioso en cuanto a prejuicios religiosos se refiere. La mejor prueba está a la vista: Kennedy fue elegido presidente de los Estados Unidos, cosa que no hubiera sido posible unos años antes. Desde mil ochocientos noventa y seis hasta mil novecientos treinta y tres no se nombró ningún ministro católico en ningún Gobierno de los Estados Unidos. Yo fui el primero y Kennedy el primer presidente católico. Considero que Estados Unidos sigue siendo un país muy religioso. Yo no puedo hablar más que por la religión católica y me consta que entre la gente joven continúa habiendo muchos practicantes.

Mr. Farley ha conocido a cuatro Papas, con los que mantuvo entrevistas privadas. En 1933 le concedió audiencia Pío XI y desde entonces ha sido recibido, siempre en audiencias privadas, por los Papas Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI. Está en posesión de la máxima condecoración concedida por el Vaticano, que es la cruz de San Gregorio.—Marino GOMEZ-SANTOS.